

carnales, cubría el horizonte, flotaba por encima de los techos como en las noches de Sodoma, de Babilonia y de Nínive. Desde Mayo, los emperadores y los reyes venían en peregrinación de los cuatro extremos del mundo, cortejos que no acaban nunca, cerca de un centenar de soberanos y de soberanas, de príncipes y de princesas. París estaba lleno de Majestades y de Altezas; había aclamado al emperador de Rusia y al emperador de Austria, al Sultán y al Virey de Egipto; se había metido bajo las ruedas de las carrozas para ver más de cerca al rey de Prusia, á quien seguía Bismarck como un dógo fiel. Continuamente tronaban en los Inválidos salvas de regocijo, mientras que la multitud que se aplastaba en la Exposición hacía una ovación popular á los cañones Krupp, enormes y sombríos, que había expuesto la Alemania. Casi todas las semanas, la Opera encendía sus arañas para alguna función de gala. Las gentes se ahogaban en los pequeños teatros y en los restaurants, las aceras no eran bastante anchas para el torrente desbordado de la prostitución. Y Napoleón III quiso distribuir por sí mismo los premios á los sesenta mil expositores, en una ceremonia que sobrepujó en magnificencia á todas las demás, un sol de gloria brillando en la frente de París, la apoteosis del reinado, donde el emperador apareció, en una ficción de magia, como amo de la Europa, hablando con la calma de la fuerza y prometiendo la paz. El mismo día, sabíase en las

Tullerías la gran catástrofe de Méjico, la ejecución de Maximiliano, la sangre y el oro francés derramados inútilmente; y se ocultaba la noticia para no entristecer las fiestas. Un primer toque de agonía, en aquel fin de un día soberbio, deslumbrante de sol.

Pareció entonces, en medio de aquella gloria, que el astro de Saccard llegaba también á su mayor brillo. ¡Al fin, después de tantos años de esfuerzos, poseía á la fortuna como esclava, como una cosa propia, de la cual se dispone, que se tiene bajo llave, viva, material! ¡Había habitado tantas veces la mentira en sus cajas, habían desaparecido por allí tantos millones, escapándose por toda suerte de agujeros desconocidos! No, esta no era ya la riqueza engañadora de la fachada, era la verdadera soberanía del oro, sólido, tronando sobre sacos llenos; y esta soberanía no la ejercía como un Gundermann, por el ahorro de una dinastía de banqueros: enorgullecíase de haberla conquistado por sí mismo, como capitán aventurero que gana un reino de un golpe de mano. Con frecuencia, en la época de sus tráficos sobre los terrenos del barrio de la Europa, había subido muy alto; pero jamás había sentido á París vencido, tan humilde á sus pies. Y recordaba el día en que, almorzando en casa de Champeaux, dudando de su estrella, arruinado una vez más, echaba á la Bolsa miradas hambrientas, poseído de la fiebre de volver á comenarlo todo para reconquistarlo todo, en una rabia

de desquite. Por eso, en aquella hora en que era el amo, ¡qué modo de proporcionarse goces! Desde luego, así que se creyó todopoderoso, despidió á Huret, y encargó á Jantrou de lanzar contra Rougon un artículo que acusaba claramente al ministro, en nombre de los católicos, de hacer doble juego en la cuestión romana. Esto era la declaración de guerra definitiva entre los dos hermanos. Desde el convenio de 15 de Septiembre de 1864, sobre todo desde Sadowa, los clericales afectaban mostrar vivas inquietudes sobre la situación del papa, y desde entonces, *La Esperanza*, volviendo á emprender su antigua política ultramontana, atacó violentamente al imperio liberal, tal como habían comenzado á hacerlo los decretos del 19 de Enero. Por la Cámara circulaba una frase de Saccard: decía éste que, á pesar de su profundo cariño al emperador, se resignaría á Enrique V antes que dejar que el espíritu revolucionario llevase la Francia á una catástrofe. Después, creciendo su audacia con sus victorias, no ocultó ya su plan de atacar á la alta banca judía en la persona de Gundermann, cuyo millar de millones se trataba de batar en brecha, hasta el asalto y la captura final. Si el Universal había crecido de una manera tan milagrosa, ¿por qué esta casa, sostenida por toda la cristiandad, no había de ser dentro de algunos años la dueña soberana de la Bolsa? Y se daba aires de rival, de rey vecino, de una potencia igual, lleno de una farfantería batalladora,

mientras que Gundermann, muy flemático, sin permitirse siquiera una mueca de ironía, continuaba acechando y en espera, siguiendo simplemente con mucho interés el alza continua de las acciones, como hombre que ha puesto toda su fuerza en la paciencia y en la lógica.

Su fogosidad era lo que elevaba así á Saccard, y su fogosidad lo que debía perderle. Saciados sus apetitos, habría querido tener un sexto sentido para satisfacerlo. Carolina, que había llegado á sonreír siempre, hasta cuando su corazón sangraba, seguía siendo una amiga á quien escuchaba con una especie de deferencia conyugal. La baronesa Sandorff, cuyos ojos ojerosos y rojos labios mentían decididamente, comenzaba á no divertirse, fría como el hielo en medio de sus curiosidades perversas. Y, por otra parte, él mismo no había conocido nunca grandes pasiones, viviendo en aquel mundo del dinero, muy ocupado, gastando por otra parte sus nervios, pagando el amor por meses. Así, cuando se le ocurrió la idea de la mujer, sobre el montón de sus nuevos millones, no pensó más que en comprar una muy cara, para poseerla ante todo París, como se hubiera comprado un brillante muy grueso por la simple vanidad de clavarlo en su corbata. Además, ¿no era esta una excelente publicidad? Un hombre capaz de poner mucho dinero á una mujer, ¿no tiene desde el mismo momento una fortuna cotizada? Inmediatamente su elección recayó sobre la señora de Jeumont, en cuya casa

había comido dos ó tres veces con Máximo. Era una mujer todavía muy hermosa á los treinta y seis años, de una belleza regular y grave de Juno, y su gran reputación procedía de que el emperador le había pagado por una noche cien mil francos, sin contar la condecoración para su marido, un hombre correcto que no tenía otra posición que este papel de ser el marido de su mujer. Ambos vivían con gran lujo, iban á todas partes, á los ministerios, á la corte, alimentados por ventas raras y escogidas, bastándoles tres ó cuatro noches por año. Sabíase que ello costaba horriblemente caro, y esto era lo que tenía de más distinguido. Y Saccard, excitado particularmente por el deseo de morder en este bocado de emperador, llegó hasta doscientos mil francos, no sin que hiciera antes el marido una mueca de desprecio hacia aquel antiguo oscuro financiero, encontrándolo muy pequeño personaje y de una moralidad comprometedora.

Por aquella misma época fué cuando la señora Conin rehusó abiertamente divertirse con Saccard. Este frecuentaba mucho la papelería, teniendo siempre que comprar *carnets*, muy seducido por aquella adorable rubia, colorada y regordeta, de cabellos de seda pálida, graciosa y zalamera, siempre alegre.

—¡No, no quiero, con vos jamás!

Cuando ella decía jamás, era cosa decidida; nada la hacía volver sobre su negativa.

—¿Pero, por qué? Yo os vi muy bien con otro,

un día que salíais de un hotel, en el pasaje de los Panoramas....

Ruborizóse ella, pero sin dejar de mirarlo frente á frente. Aquel hotel, á cuyo frente estaba una señora de edad, amiga suya, servíale en efecto de lugar de cita, cuando un capricho le hacía ceder á un señor del mundo de la Bolsa, en las horas en que su buen marido encolaba sus registros ó ella andaba por París, ocupada siempre en los negocios de la casa.

—Ya sabéis de quien hablo, de Gustavo Sedille, aquel joven amante vuestro....

Con un gracioso gesto, ella protestó. ¡No, no! no tenía amante. Ningún hombre podía vanagloriarse de haberla poseído dos veces. ¿Por quién la tomaba? Una vez ¡sí! por casualidad, por placer, sin que la cosa tuviera más consecuencias. Y todos seguían siendo amigos suyos, muy agradecidos, muy discretos.

—¿Entonces es porque yo no soy joven?

Pero con un nuevo gesto, con su risa constante, ella parecía decir que ¡gran cosa le importaba que se fuera joven! Había cedido á algunos menos jóvenes, hasta menos guapos, á pobres diablos con frecuencia.

—¿Por qué, entonces? decidlo.

—¡Dios mío! es muy sencillo..... Porque no me gustáis. Con vos jamás.

Y á pesar de esto seguía muy amable, tomando un aspecto desolado por no poder darle gusto.

—Vamos—añadió Saccard brutalmente—será por cuanto queráis..... ¿Queréis mil, dos mil, por una vez, una sola vez?

Ella le decía que no con la cabeza, sonriendo.

—¿Queréis..... vamos, queréis diez mil?

Ella lo detuvo dulcemente, poniendo su pequeña mano sobre la suya.

—¡Ni diez, ni cincuenta, ni cien mil! Aunque subierais de este modo mucho tiempo, os diría que no, siempre que no..... Ya veis que no llevo ninguna alhaja. ¡Ah, y me han ofrecido muchas, y dinero, de todo! Yo no quiero nada: cuando la cosa da placer ¿no basta con éste?... Pero debéis tener entendido que mi marido me ama con todo su corazón, y que yo también lo amo mucho. Mi marido es un hombre muy honrado. Con seguridad que no he de matarlo dándole un disgusto..... ¿Y qué queréis que haga con vuestro dinero, si no puedo dárselo á mi marido? No somos desgraciados, algún día nos retiraremos con una bonita fortuna, y si todos esos señores me hacen el favor de seguir surtiéndose en nuestra casa, esto sí lo acepto..... ¡Oh, no me quiero hacer más desinteresada de lo que soy! Si fuera sola ya vería. Y para concluir os diré otra cosa: no imaginéis que mi marido tomara vuestros cien mil francos, después de haber yo dormido con vos..... ¡No, no, ni por un millón!

Y no hubo manera de convencerla. Saccard, irritado por aquella resistencia inesperada, empeñóse por su parte durante cerca de un mes,

Aquella mujer lo trastornaba con su cara de risa, sus grandes ojos tiernos, llenos de compasión. ¡Cómo! ¿Es que el dinero no lo daba todo?

He aquí una mujer que otros poseían por nada, y que él no podía conseguir ni aun poniéndole un precio loco. Ella decía que no, esta era su voluntad. Y esto le hacía sufrir cruelmente, en su triunfo, como si fuera una duda sobre su poder, una secreta desilusión sobre la fuerza del oro, que hasta entonces había creído absoluta y soberana.

Pero una noche tuvo, sin embargo, la más viva satisfacción de vanidad. Aquél fué el momento culminante de su existencia. Celebrábase un baile en el ministerio de negocios extranjeros, y había escogido aquella fiesta, dada á propósito de la Exposición, para hacer pública su dicha de una noche con la señora de Jeumont; porque, en los tratos que hacía esta hermosa mujer, entraba siempre que el feliz comprador tendría, por una vez, el derecho de hacerlo saber de modo que el negocio tuviera plenamente toda la publicidad deseada. Por eso, á cosa de media noche, Saccard entró, en los salones donde los escotes se aplastaban entre los fraques negros, bajo la claridad ardiente de las arañas, llevando del brazo á la señora de Jeumont; y el marido iba detrás. Cuando aparecieron, se apartaron los grupos, abriendo un ancho paso á aquel capricho de doscientos mil francos de que se hacía ostentación, á aquel escándalo de ape-

titos violentos y de loca prodigalidad. Las gentes sonreían, cuchicheaban, con aire divertido, sin cólera, en medio del olor embriagador de los escotes, al compás lejano de la orquesta. Al mismo tiempo, en el fondo del salón, otra oleada de curiosos se arremolinaba alrededor de un coloso vestido con un uniforme de coracero blanco, brillante y soberbio. Era el conde de Bismarck, cuya gran estatura dominaba todas las cabezas, riendo con una risa ruidosa, los ojos saltones, la nariz fuerte, con poderosas mandíbulas cubiertas por mostachos de conquistador bárbaro. Después de Sadowa, acababa de dar la Alemania á la Prusia; los tratados de alianza, negados mucho tiempo, hacía meses que estaban firmados contra la Francia; y la guerra que estuvo á punto de estallar en Mayo, á propósito del asunto del Luxemburgo, era cosa fatal. Cuando Saccard, triunfante, atravesó la pieza, llevando del brazo á la señora de Jeumont, y seguido por el marido, el conde de Bismarck interrumpió un instante su risa de buen gigante chocarrero, para mirarlos pasar con curiosidad.

## IX

Carolina se encontró sola de nuevo. Hamelin había permanecido en París hasta los primeros días de Noviembre para las formalidades que necesitaba la constitución definitiva de la sociedad, con capital de ciento cincuenta millones; y aun fué él quien, á instancias de Saccard, hizo en la notaría de Lelorrain, calle de Santa Ana, las declaraciones legales, afirmando que estaban suscriptas todas las acciones é ingresado el capital, lo que de ningún modo era cierto. En seguida marchó á Roma, donde debía pasar dos meses, teniendo que estudiar grandes asuntos, que callaba, sin duda su famoso sueño del Papa en Jerusalem, así como otro proyecto más práctico y considerable, el de la transformación del Universal en un Banco católico, apoyado en los intereses cristianos del mundo entero, toda una vasta máquina destinada á aplastar, á barrer del globo la banca judía; y de allí pensaba volver otra vez á Oriente, adonde lo llamaban los tra-